

15 AÑOS SON MUCHO...

Javier Piñango

Hace 15 años, o sea en marzo de 1999, mis entonces socios y yo todavía teníamos entre manos un sello discográfico de aquellos que editaban en formato físico... Que trabajaban con una distribuidora... Y que hacían promoción enviando copias por correo que en algunos casos acababan en los cajones de segunda mano de Discos La Metralleta... Y que incluso, cuando había algo de dinero, contrataban algún que otro espacio de publicidad en las revistas especializadas... Entonces, en marzo del 99, aunque se adivinaba ya el final de esa era, mis entonces socios y yo, responsables del sello Por Caridad Producciones, aún nos obstinábamos en no querer asimilar que las cosas no sólo estaban cambiando sino que tenían (sí o sí) que cambiar.

Situémonos. A finales del siglo XX la edición discográfica independiente de los 90, eso que podríamos llamar segunda ola tras la inicial de los 80, estaba cayendo en errores idénticos a los que había cometido esa misma ola anterior: crecimiento meteórico, burbuja, falta de realismo, convencimiento absoluto de que se había generado una “paraindustria” independiente viable, sostenible y capaz de engordar y engordar... Obviamente las cosas no eran así. Y la caída en picado en la venta de discos, unida al costo de fabricación de los mismos y a la caciquil visita rutinaria a la caja de la SGAE (la sogá del ahorcado), aceleró el proceso de descomposición haciendo que el cuento de la lechera terminara así por cumplirse una vez más, justamente cuando se descubrió que las inversiones millonarias (sí, millonarias) sólo podían rentabilizarse pactando con el diablo. O sea, la supuesta “paraindustria” necesitó salvarse vendiéndose de mala manera a la industria (a secas). ¿Cómo? Al principio como una reluciente fuente de ingresos extra que caía llovida del cielo en forma de derechos de autor... Sí, esa cosa, los derechos de autor. Las editoriales, compañías dedicadas a la gestión y explotación de esos derechos, la mayoría de ellas pertenecientes a ese imperio buitres de las compañías multinacionales discográficas (y veinte mil otras cosas más), descubrieron un barato filón en la compra de los catálogos de los sellos hasta entonces independientes. Eso que parecía maná caído del cielo en forma de contratos que anticipaban derechos, introduciendo material independiente en bandas sonoras de películas, campañas publicitarias, etc, se convirtió pronto para algunos en una trampa que acabaría devorando las entrañas de distribuidoras y sellos arruinados. Otros le sacaron partido, reconozcámoslo. Ganaron unas cuantas pesetas. En cualquier caso, eso sí, se le había dado una patada en toda regla a la “independencia” como concepto y actitud real.

Es en este estado de las cosas en el que aterrizamos en 1999. Como decía antes, en mi experiencia personal, aún no era del todo consciente de que no había solución para un sistema finiquitado y que era el momento de pasar página. En la oficina de Por Caridad Producciones (sí, entonces los sellos tenían oficina), se acumulaban cajas y más cajas de CDs... Y nosotros, miopes perdidos, seguimos editando nuevas referencias con esa esperanza callada de que alguno de esos nuevos discos remontara el curso de los acontecimientos. Además habíamos intentado pactar también con el diablo. Sí, tengo que ser autocrítico y estoy contento además de serlo. Hablamos con varias de esas editoriales “multitodo”... Pero claro, éramos un sello raro. De música rara. Eramos experimentales. Y teníamos un catálogo lleno de estridencias invendibles. No interesábamos. Afortunadamente, claro... Sólo una pequeña editorial se interesó en gestionar los derechos de parte del catálogo. Y por supuesto sin anticipos de por medio. De mala manera rehicimos contratos con artistas introduciendo en los mismos cláusulas de cesión de derechos, etc. Como decía, un último intento de mantener vivo el sello (a toda costa, enorme error) que, por supuesto, no sirvió para nada. Sólo un año después, ya en la primavera de 2000, Por Caridad Producciones pasaba a mejor vida y se reconvertía en

Experimentaclub: una plataforma de promoción y difusión de músicas experimentales con el festival del mismo nombre como punta de lanza.

Sirva toda esta larga introducción para describir el panorama discográfico independiente de finales de los 90 y, de alguna manera, el panorama más personal... Y, yendo al grano, el de los componentes de Superelvis. Grupo que había formado parte de Triquinoise (sello que fundé en 1989 junto a Jaime Munárriz y Esther Berdión) y después de Por Caridad Producciones (desde 1992).

Estos señores, Superelvis, con Anki Toner a la cabeza, en el contexto que he venido describiendo en los párrafos anteriores, llegaron en 1999 a una feliz conclusión que podría resumirse en esta idea: "yo no me dedico a esto para acabar formando parte en mayor o menor medida de una industria a la que no quiero pertenecer". No sólo eso, comprendieron, antes que yo y mucho otros miopes como yo, que entonces esto ya estaba finiquitado. Y que había que romper lazos definitivamente con la SGAE, poner en entredicho y superar los modelos de distribución convencional y, de algún modo, reconectarse con la filosofía primigenia de los primeros sellos underground de los 80, planteando además una ofensiva clara en todo lo referente a cuestiones como copyright y derechos.

Con estos objetivos en mente, Superelvis se desligaron de Por Caridad Producciones y crearon Hazard Records, en principio como sello de CD-Rs. Y se presentaron en sociedad el 25 de marzo del 99 con un manifiesto rotundo en el que reivindicaban la filosofía de los sellos de cassettes de los 80, denunciaban la propiedad intelectual, atacaban a la SGAE, declaraban la voluntad de que los discos de Hazard Records fueran de dominio público y, tema importante, también manifestaban la intención de hacer todo el catálogo accesible gratuitamente por internet en cuanto eso fuera posible (recordemos, estamos en 1999). Además presentaron sus dos primeras referencias: "Rubber Music" de Alfredo Costa Monteiro y "Structural Package Designs" de Superelvis. Estaban absolutamente convencidos de que ese era el camino a seguir y estaban dispuestos a seguirlo.

Recuerdo perfectamente mis conversaciones de entonces con Anki (Toner). Debo decir que ante todo siempre hemos sido grandes amigos desde que nos conocimos allá por 1990. Siempre habíamos tenido una gran sintonía en cuanto a actitud y forma de hacer las cosas dentro de este mundillo de las músicas más o menos raras. Y sin embargo, tengo que confesar que entonces yo no entendí del todo esa apuesta radical por el do it yourself a las bravas, la distribución a mínima escala sin intermediarios y la apuesta futura por la libre descarga del catálogo.

Como ya he dicho, mi incompreensión de entonces (llámenlo también miopía), agarrado aún al estado de las cosas propio del sello independiente de toda la vida, cambió radicalmente en sólo un año. Pero lo cierto es que para entonces, ya en 2000-2001, Hazard Records había publicado una veintena de referencias. Y en 2004 se había convertido con todas las de la ley en un netlabel al subir todo su catálogo en MP3 a Internet Archive y distribuirlo gratuitamente. Por mi parte no fue hasta 2006 en que Jaime Munárriz y yo decidimos abrir una subplataforma web para la edición bajo libre descarga dentro de Experimentaclub: la llamamos exp_net (experimentaclub netlabel). Como pueden ver, íbamos siguiendo con retraso, aunque tomando buena nota, los pasos que previamente y de forma casi kamikaze había recorrido Hazard Records, para entonces ya dirigido y gestionado exclusivamente por Anki con la ayuda imprescindible de Cristina Casanova en todo lo referente al soporte en internet.

Hoy Hazard Records va camino de las 80 referencias, presentando un catálogo ecléctico en el que las mil y una maneras de enfrentar la improvisación son un elemento claramente protagonista. Pero con espacio también para la electrónica, el ruidismo, la experimentación inclasificable y el apropiacionismo DURO marca de la casa. Y hoy, también, se cumplen 15 años desde aquel manifiesto fundacional. De modo que, llegado este momento, creo necesario reivindicar el papel pionero,

guerrillero, implacable e impecable de Hazard Records. O sea, ni más ni menos que lo que he intentado plasmar en todos los párrafos anteriores. Por marcar la pauta adelantándose certeramente a los acontecimientos y a la visión de otros, entre los que me incluyo, y por supuesto por crear un catálogo excelente de publicaciones a lo largo de estos últimos 15 años.

Déjenme terminar con una reflexión sobre el presente. Hoy, en 2014, se pone un tanto en entredicho la propia esencia y necesidad de ser de los netlabels. Eso sí, todo en clave espiral de teórica retórica. Pido perdón pero voy a apelar al espíritu práctico. Ahora mismo la publicación en internet sigue siendo una garantía viable de visibilidad para el trabajo de los artistas de nuestro medio. Y es más, ahora mismo la gran mayoría de netlabels ofrecen su catálogo en archivos de calidad CD, algo en lo que por cierto Hazard Records también fue precoz. De modo que, ¿cuál es el problema? Creo que ninguno. Lo que hay que hacer es fomentar el conocimiento y la escucha, y como consecuencia, propiciar que el público receptor pueda disfrutar (o no) con lo que se escucha. Nada más. En formato digital, en formato físico, o como buenamente usted quiera. Hay mucho, bueno y nuevo por descubrir... Y también hay mucho por recordar y recuperar... Precisamente mientras redactaba estas líneas ha estado sonando de fondo lo que fue la décima referencia de Hazard Records: FMOL Trio, "Live at Metrònom", grabación en vivo del año 2000 con Pelayo Arrizabalaga, Cristina Casanova y Sergi Jordà. Hacía años que no lo escuchaba, y créanme, imenudo discazo! ¡Bájenselo!